

El embajador Don Diego María de Gardoqui y la Independencia de los EE.UU.

JAVIER DIVAR GARTEIZ-AURRECOA
Universidad de Deusto

SUMARIO: 1.- LA COMPAÑÍA “GARDOQUI E HIJO”. 2.- DON DIEGO MARÍA DE GARDOQUI. 3.- EL MISISIPIY LA CUESTIÓN DE SU SOBERANÍA. 4.- LA CONTRIBUCIÓN DE ESPAÑA A LA INDEPENDENCIA DE LOS EE.UU.

1.- LA COMPAÑÍA “GARDOQUI E HIJO”

El naviero bilbaíno don José de Gardoqui y Meceta llevaba ya tiempo matriculado en el registro de comerciantes del viejo Consulado de Bilbao, siendo así titular de número de su Junta General de Comercio, cuando contrajo matrimonio con Doña María Simona de Arriquibar y Mezcorta, hija de una reconocida familia empresarial de la Villa, con lo que aumentó su ascendiente social y su relevancia mercantil.

En efecto, la familia de Doña Simona era una de las de comerciantes de mayor influencia en Bilbao. Su hermano, Don Nicolás de Arriquibar, llegó a ser Prior del Consulado de Bilbao, liga empresarial que desde comienzos del siglo XVI ordenaba el poder económico de los comerciantes y navieros bilbaínos.

Don José de Gardoqui y Doña Simona de Arriquibar tuvieron de su matrimonio ocho hijos, cuatro hijas y cuatro hijos. María Concepción,

María Francisca, María Josefa y María Rita, las hijas, y José Joaquín, Juan Ignacio, Francisco Antonio y Diego María, los varones.

Las hijas, salvo Josefa que tomó los hábitos, contrajeron matrimonio con importantes comerciantes. Doña Concepción con Don Waldo de Orueta, Doña Francisca con Don José Fausto de Vildósola, y Doña Rita con Don Francisco Antonio de la Quintana y Pando.

Por su parte los varones de la familia, que recibieron una esmerada educación (como era uso en aquellos tiempos, en que las rancias familias reservaban para los varones los beneficios de la mejor enseñanza), destacaron notablemente en sus profesiones.

José Joaquín, el mayor, al que el padre preparó personalmente para sucederle en sus negocios, convirtiéndole en socio de su compañía naviera, llegó además a ser Diputado del Señorío de Vizcaya.

Juan Ignacio, el segundo de los varones de la familia, fue nada menos que miembro del Consejo Real de las Indias, a más de Caballero de la Orden de Carlos III.

Francisco Antonio, que llamado por la vocación se ordenó sacerdote, llegó a ser Cardenal (nombrado por el Papa Pío VII), siendo Auditor de la Rota Romana, a más de miembro del Consejo Real. La Villa de Bilbao le tiene dedicada una calle en su honor.

Por su parte nuestro personaje, Diego María, además de Prior del Consulado de Bilbao, miembro del Consejo Real y de la Orden de Carlos III, fue nombrado primer Embajador de España ante los nuevos Estados Unidos de Norteamérica, como Encargado de Negocios, ante el gobierno de su primer Presidente, Georges Washington.

La primera fortuna del iniciador de la saga, Don José de Gardoqui y Meceta, se inició en el viejo tráfico marítimo de Bilbao a Inglaterra.

Pero su enriquecimiento se debió a la concesión en Inglaterra (a comienzos de los años setenta del siglo XVIII) de una licencia para comer-

ciar con las colonias norteamericanas, desde las que realizó una creciente importación de salazones de pescado, singularmente de bacalao.

Para tal objetivo constituyeron en Bilbao una sociedad familiar en 1770, la “Compañía Joseph Gardoqui e Hijo”, en la que colocó como socio y factor a su hijo mayor José Joaquín. El capital fundacional fue de 1.429.000 reales, pactándose en la escritura un reparto de beneficios de cuatro quintas partes para el padre, como socio mayoritario, y de una quinta parte para el hijo, José Joaquín.

Complementariamente, con esa compañía participaron en la fundación en Santander de otra sociedad mercantil con el comerciante santanderino Don Juan de Nepomuceno Victorica, en Enero de 1775.

La compañía santanderina la dedicaron principalmente a la importación de harina de contrabando desde Filadelfia, exportando textiles (principalmente sedas, de alto valor en destino) hasta el puerto de Salem, estableciendo una relación mercantil mantenida y provechosa con la familia de los Cabots, de Beverly.

Los altos beneficios de este comercio permitieron a los Gardoqui ampliar su flota mercante, llegando a ser conocidos importadores, además de bacalao y salmón, de azúcar, maderas, cuero, carey, pimienta, cacao y arroz, entre otros productos.

El constante tráfico ultramarino de los navíos de la “Compañía Joseph Gardoqui e Hijo” iba a servir de tapadera para que Diego de Gardoqui y la Corona española realizaran una importante contribución a la lucha por la Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica de la Corona británica, mediante el envío de cuantiosos alijos de armas y material para las tropas rebeldes.

El rey de España Carlos III, conocedor de la fidelidad y discreción de los Gardoqui, utilizó su modesta compañía mercantil, a la que dotó de abundantes medios (en una primera entrega el Tesoro Real facilitó secretamente a Diego Gardoqui setenta mil pesos, completados después

con otros cincuenta mil), con los que pagar la compra de armas y material complementario en apoyo de los rebeldes americanos.

La “Compañía Gardoqui” hacía la travesía del Atlántico desde el puerto de Bilbao, vía La Habana, a los puertos americanos de Salem y Boston, con pequeños bergantines, eficaces y discretos por su reducido tonelaje.

En esas rutas tomó parte activa Diego de Gardoqui, buen conocedor de la lengua inglesa, a más de experto en los temas norteamericanos por sus estancias y contactos en Filadelfia, a donde le habían llevado sus obligaciones mercantiles como gestor de la compañía familiar.

Utilizando con toda eficacia los fondos reales y los propios de la familia y de otros colaboradores, Diego Gardoqui envió ayuda por cerca de un millón de reales a los rebeldes americanos.

Conforme a la relación del comisionado de los norteamericanos en España, Arthur Lee, las aportaciones españolas comprendieron:

- 30.000 mosquetes, con sus correspondientes bayonetas.
- 512.314 cajas de munición.
- 251 cañones de bronce.
- 300.000 libras de pólvora.
- 12.868 granadas.
- 30.000 uniformes.
- 4.000 tiendas de campaña

Además se aportaron víveres de larga conservación y quinina.

Y utilizando como intermediario a O. Pollock, el Tesoro Real español facilitó a los rebeldes norteamericanos, entre 1776 y 1779, créditos por un importe total de 7.944.906 reales para aprovisionar a las tropas, hasta entonces mal provistas, de George Washington y de George Rogers Clark.

También se dotó desde España efectivo para los envíos a los rebeldes de la compañía francesa “Roderique Hortales”, así como material de guerra desde La Luisiana, La Florida, Texas, México y Cuba, principalmente.

2.- DON DIEGO MARÍA DE GARDOQUI Y ARRIQUIBAR

Diego de Gardoqui fue el cuarto hijo del matrimonio de Don José de Gardoqui y Doña Simona de Arriquirar. Nació al mediodía del 12 de noviembre de 1735, en la bilbaína calle de La Ribera (junto a la Ría), esquina con la calle Santa María, en el caserón familiar que hoy ocupan las escuelas municipales de Múgica, que en 1917 diseñó el gran arquitecto Ricardo de Bastida.

Tras sus estudios primeros en Bilbao, su padre le envió a Londres para que aprendiera bien la lengua inglesa, al propio tiempo que se formaba en las artes del comercio con los correspondientes de Don José en Inglaterra.

Permaneció allí durante siete años, al cabo de los cuales regresó a Bilbao para incorporarse a los negocios de la compañía de la familia.

Junto con su hermano José Joaquín extendió las operaciones mercantiles de transporte marítimo iniciadas por el padre, tanto en Inglaterra (con base en Londres) como en las colonias norteamericanas, utilizando en éstas, principalmente, el puerto de Salem.

El creciente prestigio de Diego Gardoqui en Bilbao le llevará a ser nombrado Prior suplente de su afamado Consulado de Comercio.

Al morir el padre, la viuda, Doña Simona, se hace con el control en usufructo de la mayoría de capital de la compañía familiar, apoyándose en sus hijos José Joaquín y Diego, que la secundan como buenos conocedores de los negocios y como buenos hijos.

Ya en 1766, Diego de Gardoqui había sido elegido Regidor Capitular del Ayuntamiento de la Villa de Bilbao, cargo que implicaba el control de cuentas y la exacción de rentas de la corporación. Su buen hacer en el cargo le llevará a la reelección en 1770.

Los hermanos José Joaquín y Diego contrajeron matrimonio en 1776, con dos hermanas, Brígida e Higinia de Orueta, procedentes de una reconocida familia alavesa. De su matrimonio Diego de Gardoqui tuvo tres hijos.

En ese mismo año de 1776 Diego de Gardoqui fue nombrado Prior del Consulado de Bilbao, cargo de máximo honor y prestigio en la Villa.

Esa buena fama mercantil, acompañada del mérito de su conocimiento de la lengua inglesa y sus relaciones en Norteamérica, hicieron que los ministros de la Corona de España, Grimaldi, Aranda y Floridablanca, se confiaran a él para utilizarlo en la ayuda a los rebeldes norteamericanos, ayuda que de inicio no fue abierta porque los ministros de la Corona aconsejaron su ocultación para evitar el enfrentamiento directo con Inglaterra.

Con el título de Cónsul y Agente General de España, en 1783, Floridablanca envió a Diego Gardoqui a Londres, con el encargo de que sirviera de mediador ante el gobierno de la Corona Británica, tras la firma de un protocolo de paz, firmado también por Francia.

La tarea no era fácil, puesto que continuando con la ayuda y el reconocimiento a los rebeldes norteamericanos, John Jay había sido acreditado en Madrid, en 1780, como representante plenipotenciario de los rebeldes noerteamericanos.

Poco después, el 2 de Octubre de 1784, tras la firma del Tratado de Versalles (3 de Septiembre de 1783) por el que Gran Bretaña reconocía la Independencia de los EE.UU. de Norteamérica, poniéndose así fin a la guerra, Diego Gardoqui fue nombrado por la Corona española Ministro Plenipotenciario Encargado de Negocios en los EE.UU. de Norteamérica, a donde se trasladó con dos ayudantes de su confianza, Don José de Jáudenes y Don José Viar.

Desembarcaron en Filadelfia, siguiendo su vieja ruta comercial, trasladándose desde allí a Nueva York, donde en aquel momento estaba el Congreso de la nueva Nación.

Al poco, Diego Gardoqui instaló su embajada en Manhattan, en una lujosa mansión, acreditando fama de refinado entre los políticos y empresarios norteamericanos, a los que agasajaba con la afamada cocina vasca.

Con dinero propio, de la Corona española y de donativos de la colonia irlandesa en Nueva York, hizo construir el primer templo católico de la ciudad, en 1785, el de la basílica primada de San Pedro de Nueva York.

Pocos años después, entre el 25 de Mayo y el 17 de Septiembre de 1787, tuvo lugar la llamada Convención de Filadelfia, de la que surgieron los acuerdos para la convocatoria de elecciones presidenciales de la nueva Nación, en las que fue elegido George Washington, como Primer Presidente de los EE.UU.

Con ello se hizo feliz realidad la Declaración de Independencia de las Trece Colonias, del 4 de Julio de 1776, en plena Guerra de Independencia (que trascurrió con terribles bajas en ambos bandos entre 1775 y 1783).

La solicitud por el gobierno de los EE.UU. de Norteamérica de su libre navegación por el río Misisipi (tras los informes de James Madison y Alexander Hamilton, al efecto), que el gobierno de España se inclinaba a aceptar, contra el inflexible criterio a contrario de Gardoqui, hace que éste pida su cese a Floridablanca.

Pero el ministro, alegando interés directo del rey Carlos III, le pide que espere hasta la toma de posesión de Georges Washington, para que Gardoqui represente en ella al rey de España.

Así, Diego de Gardoqui participó en tal ceremonia, celebrada en Nueva York, entonces capital de la nueva Nación, el 30 de Abril de 1789.

En esa ceremonia, George Washington, como postura de reconocimiento a Francia y España por su ayuda a la Independencia, en el desfile de autoridades, colocó a su derecha al Marqués de La Fayette y a su izquierda a Don Diego María de Gardoqui.

Diego Gardoqui, manteniéndose en su postura original por las razones históricas que veremos en el siguiente apartado, renunció a su cargo en Nueva York y embarcó hacia España el 10 de Octubre de 1789, a la que llegó el día 13 de Noviembre.

Pero la Corona seguía contando con él, de modo que al año siguiente, 1790, fue nombrado por el rey Carlos IV (que había sucedido a Carlos III) para el cargo de Director General de Comercio y Consulados de Comercio de España e Indias.

Al siguiente año, 1791, fue habilitado como Secretario de Despacho de Hacienda, en sustitución interina del Conde de Lerena, que estaba enfermo de gravedad y no podía atender su importante cargo.

Al cabo, el 25 de Marzo de 1792, fue designado como titular del cargo, en el que permaneció a lo largo de los siguientes cuatro años.

Cesó para ser designado, el 25 de Noviembre de 1796, por Carlos IV, Embajador ante la Corte de Cerdeña, con sede en Turín.

Y allí falleció, al servicio de la Corona, el día de su 63 cumpleaños, el 12 de Noviembre de 1798.

3.- EL MISISIPI Y LA CUESTIÓN DE SU SOBERANÍA

La cuestión de la soberanía española sobre la circulación naval en el río Misisipi era un tema muy sensible para la opinión ilustrada de la España del siglo XVIII, puesto que se consideraba que el río y sus territorios limítrofes pertenecían a la Corona por descubrimiento y conquista.

Por ello, Diego de Gardoqui se resistía a la dejación de su soberanía, entendiendo que esa postura acomodaticia hacia la nueva Nación norteamericana terminaría en asunción por ésta de la soberanía absoluta (como terminó sucediendo), dada su condición insaciable, que Gardoqui conocía bien.

El descubrimiento del curso del río Misisipi por los españoles procede del de Florida, explorada ya desde el reinado de los Reyes Católicos.

En efecto, Don Juan Ponce de León, embarcado con Cristóbal Colón en su IIº Viaje a las Indias, tras la toma de la isla de Puerto Rico en 1509,

descubrió para la Corona, el 27 de Marzo de 1513, la península de Florida (a la que denominó así por ser tiempo de la Pascua Florida).

Ponce de León regresó a España en 1514, para dar parte al rey, Don Fernando el Católico, de sus descubrimientos. Este le nombró Gobernador de la Florida, a la que regresó para empezar su colonización en 1521.

Pero en ese mismo año resultó herido de muerte en un encuentro con los indios, siendo llevado de regreso a La Habana, en la que estaba su base, en la que falleció en Junio de ese año de 1521.

Posteriormente intervino en Florida como Adelantado de la Corona de España, Don Pánfilo de

Narváez, quien debió de pensar que la crueldad frente a los indios les reduciría.

La expedición de Narváez se distinguió por su extrema violencia, pero el continuo acoso de los indios terminó con los expedicionarios, al punto que sólo regresaron cuatro supervivientes, entre los que se contaba Don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que redactó un memorando para la Corona explicando el desastre de la expedición de Narváez.

Ese informe cayó posteriormente en manos de un personaje histórico ilustrísimo, Don Hernando de Soto, extremeño de humilde origen que en 1516 marchó a América en la expedición de Don Pedro Arias Dávila al Darién, dentro de la vieja gobernación de Castilla del Oro.

Posteriormente participó De Soto en el descubrimiento de la costa de Nicaragua y en su conquista, con la expedición de Hernández de Córdoba.

Como hombre de acción, pasó después a participar con Francisco Pizarro en la conquista del Perú, desde 1532. Durante ella trabó relación amistosa con el rey indígena Atahualpa, al que intentó salvar enfrentándose con Pizarro.

Como resulta de esos enfrentamientos, disconforme con los métodos de Pizarro, abandonó la expedición, regresando a España en 1535, para establecerse en Sevilla.

En esa ciudad contrajo matrimonio con Doña Isabel de Bobadilla, hija de su primer comandante Don Pedro Arias Dávila.

Gracias a las relaciones de la familia de su esposa en la corte del Emperador Carlos V, pudo convencer a éste de que le enviara como Adelantado a la Florida, aventura con la que estaba obsesionado desde que conociera el memorando de Don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, sobre la fracasada expedición de Don Pánfilo de Narváez.

Por cierto que, dicho sea de paso, Don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, junto a Don Esteban Azamor, habían participado también en una exploración a los actuales territorios de Carolina del Norte y de Texas.

Aportando para la empresa la fortuna que había traído del Perú, De Soto logró que el Emperador le nombrara Gobernador de Cuba y Adelantado de la Florida.

El 6 de Abril de 1538 partió su flota, compuesta de 7 naos acompañadas de 3 bergantines, de Sanlúcar de Barrameda, en la que viajaba De Soto junto con su esposa y 950 compañeros de expedición.

Aprovechando el viaje embarcó con ellos en la nao capitana, la “San Cristóbal”, Doña María de Toledo, Virreina de las Indias, con destino a la isla La Española, razón por la que recibieron una escolta de 20 navíos comandados por Don Gonzalo de Salazar.

La expedición de Hernando de Soto tocó puerto el 7 de Junio, en Santiago de Cuba, siendo recibidos por el capitán Don Vasco Porcallo de Figueroa (que por cierto había fundado las villas de Trinidad, Puerto Príncipe, Sancti Spíritus y San Juan de los Remedios), aportándoles 50 caballos para su exploración en Florida.

Trasladados todos a La Habana, Hernando de Soto culminó los preparativos de su viaje a Florida, dejando a su mujer Doña Isabel de Bo-

badilla como Gobernadora en su ausencia, con el auxilio del jefe militar de la plaza Don Juan de Roxas.

El 19 de Mayo de 1539, partieron de La Habana con una flota de 5 naos, 2 carabelas y 2 bergantines, para trasladar mil hombres con 350 caballos.

En seis días tomaron tierra en la bahía del Espíritu Santo (Tampa Bay), regresando con la flota a La Habana Don Vasco Porcallo, que dejó a su hijo Lorenzo con De Soto.

Hernando de Soto, hostigado constantemente por los indios Semínolas, se adentró en Florida, estableciendo en invierno un campamento estable en Anhaica, cerca del lago Tallahas.

Con la primavera se adentró en las montañas Apalaches, cruzando Georgia, las dos Carolinas, Tennessee, Alabama, Arkansas, Oklahoma y Texas.

El 8 de Mayo de 1541 los cuatrocientos miembros supervivientes de la expedición avistaron el río Misisipi, siendo los primeros europeos en descubrirlo.

Pero en las márgenes del Misisipi, buscando la Fuente de la Eterna Juventud (según la leyenda india), encontró la muerte el Adelantado Don Hernando de Soto, el 27 de junio de 1542.

Su aventura abrió la puerta para que su sucesor, Don Pedro Menéndez de Avilés, dominara Florida para la Corona de España, sometiendo a los belicosos indios.

Conocidos estos hechos muy bien por las gentes intelectualmente preparadas en España, no es de extrañar que considerasen esos territorios norteamericanos como propios, sujetos de su dominio y propiedad de la Corona por derecho de conquista (algo propio del Derecho universal en aquellos tiempos).

Por ello, al igual que en relación al resto de las Colonias españolas en América, no estaban dispuestos a hacer dejación de lo que consideraban su derecho natural.

Eso explica el empecinamiento de Don Diego de Gardoqui en la oposición a la cesión de la soberanía exclusiva de España respecto a la navegación en el Misisipi, que le costó el cargo de primer embajador (con el título de Representante Plenipotenciario de Negocios, como ya queda dicho) de España en los nuevos EE.UU. de Norteamérica.

4.- LA CONTRIBUCIÓN DE ESPAÑA A LA INDEPENDENCIA DE LOS EE.UU.

Desde el primer momento, el gobierno de la Corona de España estuvo al lado de las propuestas independentistas de Benjamín Franklin en las colonias inglesas de Norteamérica, mayormente por oposición a Inglaterra, al igual que sucedió con Francia.

En ésta, la muerte de Luis XV en 1774, supuso la ascensión al trono de su nieto Luis XVI, cuyo ministro Charles Gravier, Conde de Vergennes, convenció al monarca de la conveniencia de apoyar en secreto a los revolucionarios norteamericanos, para así socavar el poderío británico.

Ese apoyo, discreto y oculto, se acentuó más tarde con el directamente dado a los representantes de los rebeldes que viajaron a Francia para recabarlo, Benjamín Franklin, Arthur Lee y Silas Deane.

En colaboración con la posición francesa, el ministro de la Corona de España, Grimaldi, dirigió una misiva diplomática fechada en Madrid el 27 de Junio de 1776, dirigida al representante español en Paris, Aranda (que había sido nombrado Embajador de España en París en 1773, por Carlos III), en la que le informaba del apoyo del rey a la postura de Francia para asistir en secreto a los rebeldes norteamericanos.

Seguramente esos apoyos, previamente conocidos, coadyuvaron a la inmediata Declaración de Independencia de las colonias norteamericanas, del 4 de Julio del mismo año.

En la misiva de Grimaldi a Aranda se le informaba también de que Carlos III había aprobado, igualmente en secreto, un crédito del Tesoro Real por importe de un millón de libras a favor de los revolucionarios norteamericanos.

De la postura del gobierno de España informó Aranda, personalmente en París, al comisionado norteamericano Silas Deane.

Al propio tiempo, el también Ministro de la Corona, Don José de Galvez, Marqués de la Sonora, libró instrucciones desde Madrid al Gobernador de la Habana para que enviara representantes ante los rebeldes, para coordinarse con ellos.

Grimaldi fue reemplazado como Ministro de la Corona en 1776 por el Embajador de España en Roma, Floridablanca.

Para el envío de la ayuda a los rebeldes, con discreción, Francia utilizó una compañía mercantil de transporte marítimo, la “Roderique Hortales et Cie”, dirigida por Pierre Agustín Caron de Beaumarchais, a la que España aportó, al igual que Francia, un millón de libras.

El mismo sistema fue utilizado por la Corona española con la sociedad familiar bilbaína de los Gardoqui, como ya hemos visto.

En el mes de Diciembre del año de 1776, el Gobernador español de la Luisiana, Don Luis Unzaga y Amézaga, que había recibido previamente la visita al efecto del comisionado rebelde George Gibson, dispuso para los revolucionarios armas, municiones, ropa y quinina, que había recibido desde España para su ayuda.

Simultáneamente los españoles enviaron a los rebeldes cañones y pólvora desde La Habana y desde México.

En el mismo mes de Diciembre de 1776, el día 29, Franklin, Lee y Deane se reunieron en París con el Embajador de España, Aranda, reunión que completaron el 4 de Enero de 1777.

El objetivo de los comisionados rebeldes era solicitar de Carlos III un ataque de España, apoyado por los rebeldes, sobre las posiciones británicas en Pensacola. Pero el gobierno español, en sintonía con la postura acordada con Francia, mantuvo su línea de apoyo secreto, tal y como se le confirmó a Arthur Lee en Madrid, en Febrero de 1777.

Esa ayuda conjunta de España y Francia, en armas y munición, fue de gran importancia para los rebeldes, que hostigaron a los británicos hasta conseguir la capitulación en Saratoga del General británico John Burgoyne, en Octubre de 1777.

La capitulación británica de Saratoga fue crucial en la guerra de la independencia de las colonias norteamericanas, marcando un punto de inflexión a favor de los rebeldes.

Así, en Febrero de 1778, Francia levantó el velo de su apoyo secreto a los rebeldes, reconociendo abiertamente su Independencia y declarando posteriormente la guerra a Inglaterra, el 17 de Junio de 1778.

España se ofreció como mediadora entre el gobierno británico y los rebeldes, pero ante la negativa de los ingleses a su intermediación, terminó por declarar la guerra a Inglaterra el 21 de Junio de 1779, al tiempo que reconocía oficialmente la Independencia de los EE.UU. de Norteamérica.

Con ello España inició sus acciones militares contra los ingleses en América. En el mismo año de 1779, Don José Rosado tomó el cayó Cocina y el coronel Don Francisco Piñeiro expulsó a los británicos de Campeche.

También en 1779, el general Don Bernardo de Gálvez, Gobernador de La Luisiana, derrotó al ejército británico en las batallas de Manchac, Baton Rouge y Natches.

Al año siguiente, 1780, Don Bernardo de Gálvez rindió al coronel Dunford en Mobile. Y el 7 de Mayo de 1781 rindió Pensacola, como habían soñado los rebeldes, haciendo prisioneros al general John Campbell y al almirante Chester, junto a 1.400 soldados.

Otras tropas del ejército español, entre tanto, protegieron el alto Misisipi y el río Ohio, derrotando a los británicos en San Luis (Missouri) y en Michigan, al tiempo que apoyaron a George Rogers Clark en las batallas de Vincennes (Indiana), Kaskaskia y Cahoria (Illinois).

Por su parte Gálvez bajó la costa atlántica hacia la Bahía de Chesapeake, para ayudar a George Washington a derrotar a Lord Cornwallis en Yorktown, el 19 de Octubre de 1781.

Al año siguiente, 1782, Gálvez volvió a derrotar a los británicos, consiguiendo tomar la base naval de New Providence, en Las Bahamas.

Además los españoles acosaron a los británicos al sur, para dificultarles las ayudas, atacando sus bases en el Golfo de Honduras y en la Costa de los Mosquitos.

Por último, las fuerzas españolas prepararon la toma de Jamaica, pero los preparativos quedaron suspendidos ante las negociaciones que culminaron con el Tratado de París del 10 de Febrero de 1783, que puso oficialmente fin a la guerra, reconocía la Independencia de los EE.UU. de Norteamérica y la soberanía española sobre la costa septentrional del Golfo de México.

Previamente, en el año 1780, había fallecido Don Juan Miralles, que había sido enviado como representante de España ante el Congreso Norteamericano (el cual comisionó en Madrid a John Jay, como representante plenipotenciario, y a William Carmichael, como Encargado de Negocios).

En sustitución de Miralles la Corona designó a Don Diego María de Gardoqui, pero no como mero comisionado, como lo había sido Miralles, sino como plenipotenciario Encargado de Negocios, título equiparado por sus facultades al embajador, con sede en Nueva York, como ya hemos visto.

Los temores de Gardoqui sobre las exigencias norteamericanas se confirmaron cuando, en Abril de 1794, el representante de la nueva Na-

ción, John Jay, viajó a Londres con el objetivo de negociar con Inglaterra un tratado de amistad.

Para tratar el tema se reunió en España el Consejo de Estado, el 7 de Julio de 1794, sesión en la que Gardoqui volvió a manifestar su temor ante las ansias territoriales de la nueva Nación, con el apoyo del valido Godoy y del ministro Campomanes.

Pero en Noviembre de ese año de 1794 se firmó en Londres el Tratado de amistad entre Inglaterra y los EE.UU. de Norteamérica.

Ante las continuas exigencias norteamericanas, la Corona de España, en 1800, terminó por firmar con la nueva Nación el llamado Tratado de San Lorenzo, en el que se les cedía el derecho a la libre navegación por el Misisipi, la franquicia del puerto de Nueva Orleans y La Florida occidental (fijándose la frontera en el paralelo treinta y uno de latitud norte).

Lo que confirmó los temores al respecto de Diego de Gardoqui, otorgando razón a sus posiciones anteriores, que le habían supuesto el fin de su aventura americana.

BIBLIOGRAFÍA

BALLESTEROS-GAIBROIS, Manuel. "El vasco Diego de Gardoqui, primer Embajador de España ante los EE.UU. de América". En *Euskal Herria y el Nuevo Mundo: la contribución de los vascos a la formación de las Américas*. Edic. Univ. Pública Vasca. Bilbao, 1996.

BASURTO, Román. "Linajes y fortunas mercantiles del Bilbao del siglo XVIII". *Rev. Estudios Marítimos del País Vasco*. Nº. 4. San Sebastián, 2003.

BERROA UBIERA, Francisco Modesto. "Génesis y evolución de los Estados Unidos de América". Universidad Autónoma de Santo Domingo, 2007.

CALDERÓN CUADRADO, Reyes. "La Compañía Comercial Gardoqui e Hijo, 1760-1800". Edic. Gobierno Vasco. Vitoria, 1992.

CALDERÓN CUADRADO, Reyes. “Gritos de Independencia”. Edit. Encuentro. Madrid, 2004.

CALDERÓN CUADRADO, Reyes. “Empresarios españoles en el proceso de independencia norteamericana: la casa Gardoqui e Hijo de Bilbao”. Unión Editorial. Madrid, 2004.

CALDERÓN CUADRADO, Reyes. “La Casa Gardoqui”. Rev. de Humanidades y Ciencias Sociales. Nº. 17. Bilbao, 2006.

CAVA MESA, María Jesús y Begoña. “Diego María de Gardoqui, un bilbaíno en la diplomacia del siglo XVIII”. Edic. BBK. Bilbao, 1992.

DÍAZ TRECHUELO, Lourdes. “América en el reinado de Carlos IV”. En Gran Historia Universal. Tomo 31, Capítulo 4º. Madrid, 1990.

RILOVA JERICÓ, Carlos. “Para recordar El Alamo”. Rev. Hispania Nova. Nº. 5. Madrid, 2005.

RUEDA SOLER, Natividad. “La Compañía de Comercio Gardoqui e Hijo: 1770-1780. Sus relaciones políticas y económicas con Norteamérica”. Edic. Gobierno Vasco. Vitoria, 1992.

THONHOFF, Robert H. “Vital contribución de España en el triunfo de la Revolución Americana”. Karnes. Texas, 2006.

WERTZ, William y MORENO de COTA, Cruz del Carmen. “La España de Carlos III y el sistema americano. La participación de España en la Revolución Americana”. Instit. Schiller. Washington, 2001.

